

**Sólo con un highlander**



**Janet Chapman**

Sólo con un highlander  
*Highlanders en Maine V*

Traducción de Aurora Elizalde

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes o incidentes son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con establecimientos comerciales, escenarios o acontecimientos es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Only With a Highlander*

© Janet Chapman, 2005

Publicado de acuerdo con el editor original, Pocket Books, un sello de Simon & Schuster, Inc.

© por la traducción, Aurora Elizalde, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,  
División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: junio de 2010

Depósito legal: B. 19.093-2010

ISBN: 978-84-08-09410-4

Composición: Pacmer, S. A.

Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

## **Biografía**

Janet Chapman nació en Maine (Estados Unidos), donde vive a orillas de un lago con su marido y sus dos hijos. Trabajó como maestra, pero actualmente está volcada por completo en su carrera de escritora. *El hechizo de Grey*, su primera novela, fue publicada en 2003. Desde entonces no ha parado de escribir, y actualmente está trabajando en varios proyectos. En 2009, Booket publicó las obras: *El hechizo de Grey*, *Amar a Morgan* y *La boda del guerrero*, que forman parte de su aclamada colección de novelas sobre viajes en el tiempo. En 2010, las aventuras de los MacBain y los MacKeage continúan con tres nuevos títulos: *Tentar a un highlander*, *Sólo con un highlander* y *Secretos de highlander*.

Más información en: [www.janetchapman.com](http://www.janetchapman.com)



*Para Grace Morgan,  
cuya amistad es la verdadera esencia de la magia*



Mis más sinceras gracias a Liz Lima, por ayudarme a mantener mi vida en marcha mientras yo estaba tan enfrascada escribiendo este libro. Que sepas siempre que aprecio de veras tu amistad. ¡Y además tengo que decirte que, desde luego, das unas fiestas estupendas!

A Liam Gavin, por concederme el maravilloso regalo de una actitud alerta y consciente. Cada vez que veas un cuervo, piensa en mí.

A las maravillosas personas del Arcadia Zoo de Trenton, estado de Maine, por permitirme estudiar de cerca a vuestros grandes felinos, en particular a los espléndidos leopardos. El conocimiento de los animales que cuidáis solamente lo supera el evidente amor que sentís por ellos. Las pocas horas que pasé en su presencia fueron impresionantes y místicas.

A *Ping*, por desafiar los ventisqueros de madrugada, antes del amanecer, para venir a trabajar conmigo, y por saber de un modo misterioso cuándo yo necesitaba el abrazo de una gata ronroneante. Tienes el coraje de una poderosa pantera, amiguita, y el alma de una musa muy poco corriente.

Y a Lisa y Nick, por darnos a Robbie y a mí un queridísimo y perfecto nieto. ¡Bienvenido al mundo, Alex!



## Capítulo uno

Winter MacKeage perdió el hilo de la conversación en cuanto apareció aquella gran figura masculina. Sin embargo, Rose siguió hablándole, ajena al hecho de que el hombre más guapo que había pisado jamás Pine Creek acababa de detenerse ante el escaparate de la galería de arte de Winter para mirar el cuadro que colgaba allí. Dándole un codazo en el brazo, le exigió:

—Dile que tengo razón: dile a Megan que nadie cuchichea a sus espaldas... ¡Eh! —Rose subió el tono de voz al tiempo que la agarraba de la manga para volver a meterla en la conversación—. Tu hermana se cree que todo el pueblo la compadece.

Winter apartó la mirada de la divina aparición del escaparate y, parpadeando, miró a Rose y a su hermana Megan mientras intentaba recordar de qué hablaban.

Rose dio un suspiro.

—Maldita sea, Winter, ayúdame. Dile a Megan que no es la comidilla del pueblo.

Por fin, Winter miró directamente a los ojos llenos de lágrimas de su hermana y asintió.

—A ver, es verdad que todo el mundo habla de ti, Meg... —dijo—, pero sólo porque vas por la calle con la pinta de una muñeca de trapo que hubieran dejado todo el verano bajo la lluvia.

Aprovechando el agarrón de la manga, Rose le dio a Winter un ligero empujón.

—¡Eso no me sirve! —le espetó, enojada.

Winter se apartó, se cruzó de brazos y, sin hacer caso de Rose, le echó una mirada feroz a Megan.

—Siempre tienes la cara tan larga que es un milagro que no te pises la barbilla. Andas por ahí arrastrando los pies como un cachorro apaleado —alargó la mano para acariciar el caído hombro de su hermana y luego prosiguió en tono más dulce—. El embarazo no es una enfermedad, Meg, ni tampoco el fin del mundo. La única que te tiene lástima por aquí eres tú, y si no cambias pronto, tu chiquilín nacerá haciendo un puchero que se le quedará para siempre.

De un manotazo, Megan MacKeage se limpió las lágrimas de la roja cara y recibió con una mirada asesina la sonrisa llena de ternura de Winter.

—A ver si dices eso cuando te rompan a ti el corazón y vuelvas corriendo a casa porque el amor de tu vida te haya abandonado después de decirle que ibas a tener a su bebé —dijo en tono crispado.

Winter la cogió por los hombros y se inclinó más cerca.

—Yo te quiero, Meg; mamá y papá te quieren; Rose te quiere... Aquí en Pine Creek te quiere todo el mundo. Mira, el que, entre un millar de personas cariñosas, un tonto imbécil no te quiera no compensa lo que tú misma te estás haciendo pasar. Wayne Ferris es un zorro intrigante, demasiado imbécil para valorar lo maravillosa que eres. Tienes que olvidarte de él, Meg, y concentrarte en tu hijo. El estar todo el rato deprimida y llorando hará que tu chiquilín aún por nacer crea que no lo quieres.

Megan miró más allá del hombro de Winter sin centrarse en nada, mientras el labio inferior le temblaba y los ojos volvían a llenársele de lágrimas. Luego le dirigió a Winter una mirada llena de desesperación.

—Yo creía que me amaba —susurró—... Él decía que me amaba...

Winter le apretó con suavidad los hombros.

—Amaba lo que tú hacías por su carrera —le dijo igual de bajito—, pero acampar en la tundra durante meses no combina bien con los bebés. Que Wayne eligiera...

En ese momento, el tintineo de la campanilla de la puerta atrajo la atención de todas. Justo cuando empezaba a volverse, Winter reparó en que Rose tenía la vista clavada en la puerta con una expresión de absoluta incredulidad; Megan también tenía los ojos igual de abiertos y, además, se le había aflojado la mandíbula... Y cuando acabó de darse la vuelta, Winter incluso dio un paso atrás. ¿Quién no sentiría un puñetazo en la barriga al verse en presencia de una masculinidad tan increíblemente... viril? Aquel hombre era impresionante.

Y, por lo visto, eso le planteaba un inmediato problema a ella, que ni siquiera reaccionó cuando el alto y atractivo desconocido la saludó con la cabeza. Aunque sí que oyó suspirar a Rose y notó que Megan le daba con el dedo en la espalda.

—Eh... ¿Qué desea? —dijo Winter por fin.

Unos enigmáticos ojos, dorados como los de un tigre, la miraron, y Winter necesitó toda su fuerza de voluntad para no retroceder otro paso. El hombre casi no se había movido de la puerta, pero daba la impresión de llenar toda la amplia galería.

—¿El cuadro del escaparate es de una artista local? —preguntó él.

El sonoro y profundo timbre de su voz hizo que Winter se estremeciera, pero otro fuerte pinchazo en la espalda hizo que empezase a respirar de nuevo.

—Ah, sí. La artista vive aquí mismo, en Pine Creek —dijo mientras con un gesto señalaba la pared oriental de

la galería—. Casi todos los cuadros son suyos. Todo lo que vendemos es de artistas locales...

Las últimas palabras las pronunció casi en un susurro, incapaz de apartar la vista del bronceado y hermoso rostro, de tipo duro, del desconocido.

Él se limitó a devolverle la mirada con los ojos plegados de regocijo.

—Mire por ahí cuanto quiera —añadió ella con otro gesto desganado, dando gracias a que la voz le sonara normal esta vez—. Y pregúnteme lo que quiera.

Él la saludó con una leve inclinación de cabeza y le dio las gracias antes de dirigirse a la pared de los cuadros.

Tan pronto como el desconocido apartó la vista, Winter giró sobre sus talones para mirar de frente a Megan y a Rose, aunque ninguna de las dos se fijó en su feroz mirada de advertencia porque estaban demasiado ocupadas contemplándolo boquiabiertas. Preocupada por si se daba la vuelta y las pillaba, Winter las agarró por un brazo y las llevó empujándolas por delante hasta la trastienda.

—Basta ya —dijo con tono crispado y en voz baja—. Estáis siendo groseras.

—¿Has visto lo anchos que tiene los hombros? —susurró Rose, estirando el cuello para volver a mirar hacia la galería.

Sin soltarlas, Winter se apartó más de la puerta.

—Rose Dolan Brewer, eres una mujer felizmente casada, con dos críos... No deberías fijarte en los hombros de otros hombres.

Rose sonrió.

—Puedo mirar, siempre que no toque.

—¿Habéis visto el pelo? —susurró Megan, aún con los ojos muy abiertos y sin rastro de lágrimas—. Va con un traje que probablemente cueste más que todo mi ropero, pero lleva coleta. ¿Qué hombre de negocios lleva el pelo largo?

—Y esos ojos —intervino Rose antes de que Winter pudiera responder—... tienen un color tan intenso como los lingotes de oro. Se me han aflojado las piernas cuando te ha mirado, Winter.

—Esto es el colmo. Fuera —dijo Winter, al tiempo que las empujaba hacia la puerta que comunicaba la trastienda de su galería con la Armería de Dolan—. Vais a espantarme al cliente más prometedor de hoy.

Pasándose los dedos por el corto cabello castaño, Rose soltó un resoplido y se metió en su tienda. De camino, murmuró:

—Dudo que nada asuste a ese hombre... Mándamelo a mi tienda después. —Mientras se alisaba la blusa se volvió a mirar a Winter; en su rostro había una descarada sonrisa—. Ya le..., bueno, ya le buscaré una ropa más adecuada para este sitio.

—¿Creéis que habrá venido en ese avión que llegó antes? Lo hemos visto bajar para aterrizar en el aeropuerto, y parece un reactor privado. —Megan soltó un suspiro—. Dios mío, qué guapo es... A lo mejor debería quedarme para ayudarte a poner las figuras que Tom el Hablador ha traído esta tarde.

Winter no tuvo valor para recordarle a su hermana que sólo un mes antes, al volver del trabajo de campo de Canadá, abandonada y embarazada de dos meses, había jurado renunciar a los hombres, fueran guapos o no. Era muy agradable verla ruborizada por algo que no fueran las lágrimas.

—Gracias —dijo con una cariñosa sonrisa—, pero creo que esperaré a mañana para colocar las esculturas de Tom.

Megan echó una última mirada en dirección a la puerta de la galería, dio otro suspiro y luego siguió a Rose por el pasillo del material de acampada. Con suavidad, Winter cerró la puerta, se pasó los dedos por su larga mata de ri-

zoz rojos, se enderezó en toda su altura de uno setenta mientras inspiraba para tranquilizarse y, por fin, volvió a entrar en la galería.

Don Ojos de Tigre seguía mirando la pared. Había avanzado poco a poco hasta un cuadro que colgaba más o menos a mitad de la tienda, y estaba con los brazos cruzados sobre el ancho pecho y la barbilla apoyada en uno de sus grandes y bronceados puños. La postura tiraba de la tela de su caro traje y la tensaba sobre un par de hombros extraordinariamente anchos. Cuando Winter se acercó al mostrador, él se limitó a lanzarle una mirada de pasada y luego volvió a concentrarse en el cuadro.

Contemplaba una gran acuarela que Winter había pintado la primavera anterior y había titulado *Observadores de la luna*. Era una escena nocturna ambientada en lo profundo de un bosque de montaña, inundada de luz de luna. Tres pequeños oseznos rodeaban el grueso tocón de un viejo árbol; la agobiada madre echaba un rápido sueñecito mientras ellos jugaban entre las sombras. Un osezno estaba subido en precario equilibrio en el tocón, con el diminuto morro alzado hacia el cielo mientras le gruñía al gran disco plateado que se veía en el cielo tachonado de estrellas; sus hermanos miraban con expresión encantada, las caras bañadas por la luna. Y si se contemplaba el cuadro el tiempo suficiente, al final se reparaba en todas las demás criaturas nocturnas que, ocultas en la sombra, observaban con curiosidad a los ositos.

Era un cuadro que solía llamarles la atención más a las mujeres que a los hombres, tanto por su tema encantadoramente familiar como por su ambiente algo juguetón y místico.

Winter miró al hombre que estaba ante el cuadro.

Era tan alto por lo menos como su primo Robbie MacBain, y Robbie medía dos metros con calcetines. Los hom-

bros eran igual de anchos; las piernas, igual de largas y musculosas debajo de aquel traje de corte perfecto; las manos, igual de grandes, anchas y de aspecto fuerte. Tenía el cuerpo de un atleta, lo cual indicaba que, fuera quien fuese, no se pasaba todo el rato sentado en salas de juntas o revolviendo papeles.

Igual que Megan, Winter se sorprendió cuestionando el estilo de su peinado, si de verdad era el próspero hombre de negocios que parecía ser. El cabello, tupido y suave, lo llevaba bien despejado de la cara y atado en la nuca con un fino cordón de cuero. No era demasiado largo; Winter supuso que, suelto, apenas rebasaría los hombros.

De repente se dio cuenta de que estaba mirándolo fijamente, con la misma grosería con que antes lo habían mirado Megan y Rose. Lanzando un silencioso suspiro, bajó la vista al trocito de papel que Tom había puesto en el mostrador cuando le llevó su última remesa de figuras de madera. Era una lista corta, sólo cinco tallas esta vez, observó Winter mientras trataba de concentrarse en algo que no fuese su cliente, y estaba escrita en diminuta letra negra, muy pulcra.

La primera figura era una ardilla listada, y al lado Tom había escrito el precio: ciento cincuenta dólares; la siguiente era un zorro que había marcado a doscientos, y después una trucha nadando, a cuatrocientos dólares, y un búho nival, a doscientos.

Winter sonrió al ver la última figura que aparecía en la lista, «cuervo cuidando a sus crías en el nido», marcada en un precio de mil doscientos dólares.

Tom, o Tom el Hablador, como se le conocía de modo afectuoso en el pueblo, tallaba muchos cuervos y siempre pedía por ellos un precio más alto, a veces ridículamente alto. Lo asombroso era que en el último año y medio Winter había vendido bastantes cuervos de Tom en la galería;

por lo visto, cuanto más caro era algo, más desesperados estaban los turistas por comprarlo.

Tom el Hablador... Tenía por lo menos setenta años, había aparecido por las buenas en Pine Creek una radiante mañana de abril hacía dos años y medio, y casi siempre iba a lo suyo. No se sabía mucho más de él, aparte de que se le oía hablar solo cuando paseaba por el bosque: de ahí el apodo de Tom el Hablador. Se le daba muy bien cuidar a los animales enfermos, y los del pueblo habían tomado la costumbre de llevarle sus mascotas en lugar de recorrer los sesenta kilómetros que había hasta el veterinario más próximo.

Por lo que Winter sabía, Tom no le había dicho su apellido a nadie. Tras aparecer como de la nada, se había instalado en una vieja cabaña abandonada al este del pueblo, en la montaña Bear, que se alzaba sobre la orilla oriental del lago Pine.

Winter le tomó cariño enseguida al reconocer en él a un alma gemela. Igual que ella, cuando Tom creaba sus obras de arte, dotaba de cierta magia y misterio al bosque y a sus criaturas; como sus cuadros, las figuras de madera esmeradamente talladas a menudo eran más místicas que realistas.

Winter había tardado casi un año en convencerlo para que la dejara vender sus delicadas figuras. Sus necesidades parecían ser mínimas, y además, con frecuencia, buena parte del dinero que ganaba con las tallas iba a otras personas. Cuando estaba en el pueblo, a Tom se lo encontraba a menudo en la Armería de Dolan, y todas las mujeres, desde las recién nacidas hasta las que tenían noventa años, solteras o casadas, salían de la tienda con una caja de bombones. Rose había empezado a hacer pedidos de chocolate a lo grande, al darse cuenta de que la tendencia de Tom a mirar a las damas siempre la dejaba corta de reservas.

—¿Acepta encargos?

Winter alzó la mirada conteniendo el aliento. ¿Cómo se

le había olvidado que tenía un cliente en la tienda...? Y, en particular, aquel cliente.

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó.

—La artista —dijo él, señalando con una inclinación de cabeza la pared de los cuadros—. ¿Acepta encargos?

—Ah, sí. Sí, acepto encargos.

Una de las oscuras y masculinas cejas del hombre se arqueó.

—Estos cuadros son suyos... —dijo en voz baja, más bien para sí mismo, mientras volvía a mirar la pared. Tras observar en silencio y detenidamente la gran acuarela un instante más, se volvió del todo hacia Winter, y su profunda mirada dorada se fundió con la de ella—. Me quedo con *Observadores de la luna*, pero quisiera dejarlo aquí hasta que tenga una pared donde colgarlo.

Esta vez le tocó a Winter fruncir las cejas en un gesto de desconcierto.

—¿Una pared donde colgarlo? —repitió.

El desconocido avanzó varios pasos hacia ella, luego se detuvo y esbozó una media sonrisa que golpeó a Winter como otro puñetazo en la barriga. Era la sonrisa de un chiquillo engatusador y no pegaba con un rostro tan..., tan..., bueno, tan masculino.

—Voy a construir aquí en Pine Creek y quisiera dejarle el cuadro hasta que mi casa esté acabada —le explicó; sin apartar la mirada, con un gesto de cabeza señaló la pared—. Déjelo expuesto si lo desea: así entraré a mirarlo siempre que quiera. Ponga sólo un cartel de «vendido» en lugar del precio, ¿le parece bien?

¡Tenía que dejar de clavar la vista en los ojos de aquel hombre! Así no podía pensar ni mucho menos seguir el hilo de la conversación. Vaya, caramba... Estaba actuando de una forma más tonta que Megan y Rose... Al fin, Winter apartó con trabajo la mirada y echó un vistazo por el mostrador

hasta que encontró su libro de ventas bajo la lista de Tom. Después buscó un bolígrafo.

Luego puso en orden sus ideas y, a continuación, recuperó el habla.

—No tengo problema en que lo deje aquí. Dígame, ¿qué le ha llamado la atención de *Observadores de la luna*, señor... señor...?

Dejó la frase sin terminar, el bolígrafo listo para escribir su nombre en la parte superior de la ficha, y alzó la vista cuando él no respondió enseguida. Se lo encontró apenas a medio metro de distancia; sus ojos dorados de nuevo se fundieron con los de ella.

—Es Gregor —dijo él en voz baja; su profunda voz hizo que Winter sintiera un escalofrío por la espalda—, Matt Gregor. Y siempre me han gustado mucho los osos.

Bueno, aquello bordeaba el ridículo: no era más que un tío... De acuerdo, un tío imponentemente guapo, pero es que ella actuaba como si no hubiera hablado nunca con un hombre y, mucho menos, se hubiera sentido atraída por ninguno... De nuevo Winter obligó a su mirada a apartarse de él y escribió su nombre en la ficha. Escribió el nombre del cuadro y luego empezó a escribir el precio al lado.

Una mano grande, increíblemente cálida, cubrió la suya, y Winter dejó de respirar. Alzó la vista y se encontró a Matt Gregor sonriendo otra vez con aquella sonrisa de chiquillo, y sólo pudo devolverle la sonrisa sin pensar.

—Veinte por ciento de descuento si me quedo con un segundo cuadro —dijo él con una chispa de desafío en sus hermosos y dorados ojos—. Quiero comprar también esa acuarela pequeña de la pantera.

Muy despacio, intentando con todas sus fuerzas que él no se diera cuenta de cómo la desconcertaba su contacto, Winter sacó la mano de debajo de la suya.

—Lo lamento, pero la pantera no está en venta —le

dijo—. Es parte de mi colección particular. Sólo está expuesta para llenar un espacio vacío en la pared.

En un instante, la expresión de Matt Gregor cambió de la de un chiquillo a la de un cazador completamente alerta. Sus ojos dejaron de sonreír, y su penetrante mirada hizo que el corazón de Winter se acelerase de alarma.

—Pagaré lo mismo por la pantera que por *Observadores de la luna* —dijo con tranquila energía—. Sin descuento por ninguno de los dos.

¡Caramba! Cuando la miraba así, quería darle todos los cuadros de la galería..., y en particular la pantera... Winter apenas pudo contenerse para no soltar un fuerte resoplido. Era evidente que Matt Gregor estaba acostumbrado a conseguir lo que quería.

Por otra parte, ella también.

—*Gesader* no está en venta —le dijo, al tiempo que meneaba la cabeza para reafirmar sus palabras—. Elija otra cosa que le guste y le haré un descuento.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y la observó con detenimiento, más o menos igual que había observado sus cuadros. Winter sintió que una oleada de calor le subía a las mejillas pero, obstinadamente, le mantuvo la mirada, decidida a que no notase su incomodidad. Y luego se dijo que aquello era una lección para ella: «imponentemente guapo» no significaba «automáticamente agradable»; en realidad, a veces era «absolutamente grosero».

Claro que, por otra parte, también era estimulante. Winter no recordaba la última vez que un hombre la había hecho sentirse tan irritada... Ni tan cálida y confusa en su interior... Ni tan desafiada.

Dejó el bolígrafo, salió de detrás del mostrador y, pasando por delante de Matt Gregor, fue a la pared occidental de la galería. Una vez allí, se detuvo ante un diminuto dibujo al pastel y se cruzó de brazos.

—Si le gustan los felinos, tengo este dibujo de un lince de Maine. —Aunque se dio cuenta de que él se ponía a su lado, siguió mirando el dibujo de un desconcertado lince que buscaba la liebre que iba persiguiendo; en el fondo, asomando apenas la cabeza por encima de un ventisquero, una liebre de patas blancas perfectamente camuflada observaba al lince—. Si tiene intención de construir una casa aquí, señor Gregor, tal vez desee obras que representen la fauna local. En Maine no tenemos panteras, pero sí lince, lince rojo y osos.

—¿De dónde sacó el nombre de *Gesader*? —preguntó él, sin considerar la sugerencia.

La mirada de Winter bajó por la pared hasta posarse en la pequeña acuarela del leopardo negro que se estaba en la gran rama de un árbol; ella sonrió con afecto.

—Es gaélico; significa «hechicero».

—Gaélico... —repitió Matt Gregor, al tiempo que se volvía para mirarla de frente—. Me parecía percibir un leve acento... ¿Es usted irlandesa?

—No, escocesa. —Winter exageró el acento al responder; luego, con una inclinación de cabeza, señaló la tarjeta informativa clavada junto al dibujo y le tendió la mano—. Winter MacKeage.

La mano de él se la envolvió por completo; su apretón era cálido y firme pero no apabullante.

—Un placer, señorita MacKeage. —Volvió a elevar una ceja—. ¿O es «señora»?

—Señorita. Pero para mis clientes soy Winter.

El apretón de él se acentuó perceptiblemente.

—Todavía no soy un cliente, señorita MacKeage. No hemos acabado nuestras negociaciones.

Winter se obligó a dejar la mano dentro de la de él. Al tiempo que señalaba con la cabeza el dibujo del lince, le dijo:

—El precio completo por *Observadores de la luna* y además se queda *Por los pelos... de una liebre* a mitad de precio.

Sin soltarle la mano, Matt Gregor dio un suave suspiro.

—Nada de lo que le ofrezca hará que consiga esa pante-  
ra, ¿verdad?

Cuando por fin recuperó la mano, Winter se la puso a la espalda y se frotó los dedos mientras meneaba la cabeza despacio.

—Lo lamento, pero no está en venta. ¿Trato hecho?

Él apartó la vista para mirar varios segundos el dibujo del lince. Después la miró de nuevo y asintió.

—Trato hecho —dijo en voz baja.

A continuación quitó la tarjeta de la pared, se acercó a *Observadores de la luna* y también le quitó la tarjeta. Tras dirigirse otra vez al mostrador, las dejó junto a la ficha de ventas que ella había empezado a rellenar, mientras que Winter pasaba a la parte de atrás del mostrador y cogía el bolígrafo.

—Sobre ese encargo... —dijo él cuando empezó a escribir.

Ella se detuvo y alzó la vista.

—¿Qué es lo que desea? Debo advertirle que no hago cuadros de cosas mecánicas.

Él volvió a cruzarse de brazos.

—No es un cuadro lo que quiero de usted, Winter MacKeage, sino su mirada.

Winter dejó el bolígrafo.

—¿Cómo dice?

—Su mirada de artista —dijo él, siguiendo con el enigma—. Quiero encargarle que elija el lugar donde debo construir mi hogar.

Winter sólo pudo mirarlo fijamente.

—Y luego quiero que haga una acuarela con el aspecto que debe tener la casa —añadió él.

Para entonces ella estaba totalmente desconcertada.

—¿El aspecto que debe tener? —repitió—. ¿Quiere decir a partir de los planos del arquitecto? Por lo general dan una maqueta para que la vea.

Él meneó la cabeza.

—Todavía no hay planos. Mi intención es llevar su acuarela a los arquitectos y mandarles que diseñen la casa que usted se imagine, situada en el lugar que usted elija.

Más que desconcertada, Winter estaba ya absolutamente estupefacta.

Matt Gregor soltó otro suave suspiro, puso las dos manos sobre el mostrador y se inclinó hacia ella.

—Es una petición sencilla, Winter. Hace dos años compré la montaña Bear y ya estoy listo para edificar en ella..., en cuanto usted elija el mejor lugar y el mejor tipo de casa para aquella tierra.

—Pero ¿por qué yo?

Él se inclinó más cerca todavía.

—Porque he decidido que me gusta lo que usted ve en el bosque y lo que siente por él.

—Pero un hogar es una cosa muy personal.

—Sí —asintió él de buena gana, mientras se ponía derecho y volvía a cruzarse de brazos—. Pero cuando pase unos cuantos días conmigo recorriendo mi tierra, llegará a conocerme lo bastante bien como para que se le ocurra algo que me guste.

Winter ya no estaba desconcertada: estaba alarmada otra vez. De repente se le ocurrió una idea.

—¿No debería su esposa expresar su opinión sobre la clase de casa que usted construya?

—No estoy casado.

—Ah. Oh... Bueno... Tendré que pensarme su petición. Soy artista, señor Gregor, no arquitecto.

—Matt —dijo él en voz baja; metió la mano en la cha-

queta de su traje y sacó una fina cartera de piel negra—. Y le he explicado que no le pido que me diseñe la casa sino, sencillamente, que se la imagine y elija dónde debe situarse.

Sacó una tarjeta de crédito y la puso encima del mostrador junto a la aún incompleta ficha de ventas.

—He tomado una suite en la Estación de Esquí TarStone —prosiguió, al tiempo que sacaba una tarjeta de visita y la ponía junto a la tarjeta de crédito—. Llámeme al móvil mañana por la mañana a las diez y deme su respuesta.

Entonces cogió el bolígrafo que ella había estado usando, escribió «VENDIDO» con enérgicas letras negras al dorso de una tarjeta y se acercó a la clavarla junto a *Observadores de la luna* en la pared; después volvió e hizo lo mismo con *Por los pelos... de una liebre*.

Por fin Winter terminó de extender la ficha de ventas, pasó la tarjeta de crédito por el datáfono, arrancó la copia impresa de la factura de venta y se la dio para que la firmara.

Él garabateó su firma con letra enérgica, cogió la tarjeta de crédito y el recibo y los deslizó en la cartera. Luego preguntó:

—¿No le importa que deje mis cuadros aquí?

—No hay problema —dijo ella—. ¿De modo que es usted dueño de la montaña Bear? ¿Va a mudarse a Pine Creek o sólo va a construir un refugio de vacaciones?

—Voy a construir un hogar, pero aún no he decidido cuándo me mudaré aquí —le dijo él, mientras volvía a meterse la cartera dentro de la chaqueta—. Eso depende de mi hermano.

—¿Su hermano?

Matt Gregor sonrió con expresión benévola, asintió y se dirigió hacia la puerta. Allí se detuvo y miró atrás.

—Espero que se reúna usted conmigo en el vestíbulo

del TarStone a las diez de la mañana para decirme que ha aceptado el encargo. No me decepcione, Winter; no acepto bien el rechazo.

Dicho eso, abrió la puerta, salió acompañado del tintineo de la campanilla y desapareció en la calle de forma tan rápida y misteriosa como había aparecido.

Winter cogió la tarjeta de visita que él había puesto en el mostrador. «Matheson Gregor», decía en rotundas letras verdes; luego una dirección de Nueva York, pero ni rastro del negocio al que se dedicaba. Entonces echó un vistazo a *Observadores de la luna*.

Le gustaban mucho los osos, le había dicho.

Y además era el dueño de la montaña Bear.

Otro estremecimiento recorrió la espalda de Winter, pero esta vez sin pizca de calidez ni confusión. Lo que le había llamado la atención aquella tarde no eran los ojos de un tigre, sino los de un animal igual de impresionante.

En gaélico, *Matheson* significaba «hijo del oso».